

El Sahel y el ascenso del yihadismo

Rosa Meneses

Periodista del diario El Mundo especializada en Oriente Medio y Magreb



El cinturón que abrocha el continente africano se ha convertido en una de las regiones más inestables e inseguras del planeta. Es el Sahel, la faja invisible que une el Atlántico con el Mar Rojo y se extiende desde el oeste de Mauritania hasta Eritrea, uniendo Burkina Faso, el sur de Argelia, Mali, Níger, el norte de Nigeria, la línea central de Chad y Sudán y el norte de Etiopía. Una tierra de nadie en la que las fronteras se confunden con la arena del desierto y en la que confluyen seis problemáticas, cuyos efectos tienen en jaque a Europa: las rutas migratorias hacia la inestable Libia, la autopista de la droga que llega de Colombia, los efectos del cambio climático, la lucha por el control de los recursos mineros, los conflictos étnicos y la presencia de grupos criminales y de ideología yihadista que aprovechan todos los anteriores factores y se nutren de una joven generación sin perspectivas de futuro.

El epicentro de esta tormenta perfecta es Mali, cuyas regiones del norte y centro se han convertido en santuario de grupos armados desde la insurrección de 2012. Pese a las sucesivas intervenciones de fuerzas internacionales, la inestabilidad no sólo está lejos de ser controlada sino que se está extendiendo por el resto de la región y vive una intensificación desde finales de 2019. Este incremento de la violencia ha provocado una crisis humanitaria que golpea especialmente Burkina Faso, Níger y Mauritania, países donde han huido decenas de miles de personas escapando de la violencia en Mali.

En un contexto geopolítico internacional dominado en 2020 por la crisis sanitaria, social, política y económica provocada por la pandemia del coronavirus, sin duda los países del Sahel también se verán salpicados por las consecuencias estratégicas que provoque la COVID-19. Un inevitable nuevo orden mundial en el escenario postpandémico pondrá bajo el foco el realineamiento de las potencias internacionales, rediseñará las prioridades políticas, económicas y militares globales y traerá consecuencias geoestratégicas que impactarán en la aproximación al conflicto y en los despliegues militares que ahora mismo se mantienen en la zona.

En un contexto geopolítico internacional dominado en 2020 por la pandemia, el Sahel también sufrirá las consecuencias de la COVID-19

Conflictos, migración, tráfico ilícito y salafismo en tierra de nadie

No se puede entender cómo el Sahel se ha convertido en un santuario de grupos terroristas y criminales sin echar la vista atrás en tres países clave de la región: Argelia, Libia y Mali. A finales de los años 90 y principios de los 2000, cuando acaba la sangrienta guerra civil argelina, elementos de ideología salafista se reconvierten de combatientes a operadores del tráfico ilícito en el vasto y desértico sur del país y las zonas limítrofes con Mauritania, Mali y Libia. Esta geografía es una inabarcable extensión de territorio apenas poblado y que escapa al control de los Estados y sus respectivas fuerzas de seguridad: tierra de nadie. Estos remanentes del terrorismo islámico argelino en desbandada se van reconfigurando en células adheridas a la gran industria del terror que es en esos momentos Al Qaeda. En Libia, la rebelión de febrero de 2011 contra el coronel Muamar Gadafi pronto degenera en guerra civil y acaba, en octubre, con su régimen, dejando un Estado desestructurado en el que las milicias armadas -algunas de ellas de ideología salafista- campan a sus anchas. En los años siguientes, esas milicias adoptan como modo de financiación y vía para ejercer el poder los contrabandos de personas, armas, drogas y recursos como el petróleo operando igualmente entre las porosas fronteras del Sáhara. Son los tiempos del ascenso de otra gran fábrica de terror como es el Estado Islámico, que acogerá bajo su paraguas a algunas de estas células.

La guerra de Libia y el desmembramiento del régimen del coronel Muamar Gadafi pusieron la semilla del conflicto en Mali, a raíz de la vuelta de cientos de tuaregs malienses emigrados en los años 70 para integrar las fuerzas de élite de Gadafi. Así, desde 2012, Mali se ha visto inmerso en una serie de violentos conflictos que tienen su paradigma en la rebelión tuareg que llegó a declarar en el norte el Estado de Azawad y en la consiguiente ocupación del norte del país por parte de grupos yihadistas –adscritos o no a Al Qaeda o al Estado Islámico–. Como respuesta, el Gobierno de Bamako pidió ayuda a Francia, antigua potencia colonial, que puso en marcha la operación Serval en enero de 2013. Las fuerzas galas lograron expulsar a los *muyahidin* de las ciudades que habían conquistado, pero no consiguieron eliminarlos. En su lugar, se diseminaron por el desierto y se reconfiguraron. Desde entonces, sus ataques se dirigen tanto contra las tropas malienses y francesas como contra las misiones de la ONU y la Unión Africana desplegadas después.

La iniciativa de la comunidad internacional para iniciar un proceso de paz desembocó en 2015 en la firma de los Acuerdos de Argel, aunque su adopción no ha significado un mejoramiento de la inestabilidad ni una solución a la violencia. Junto al Gobierno de Bamako, los signatarios de estos Acuerdos de Paz son la alianza de milicias progubernamentales (conocida como Plataforma) y la coalición de grupos armados rebeldes de etnia mayoritariamente árabe y tuareg (la Coordinadora de Movimientos Azawad) enfrentados a Bamako. A partir de la firma del pacto, ambos polos han sufrido varias escisiones que demandan su inclusión en el acuerdo como grupos con identidad propia y complican el seguimiento del proceso de paz. Queda además el debate sobre si se debe incluir en él a los combatientes yihadistas (ICG, 2019), acentuado después de la mano tendida que le ha hecho el presidente maliense, Ibrahim Bubakar Keita, a líderes como Iyad Ag Ghali, en un cambio de estrategia desde 2012.

Estamos ante un conflicto de múltiples rostros, que se retroalimenta a través de los intrincados enfrentamientos interétnicos, que a veces se solapan y que han abonado la inseguridad y la proliferación de grupos armados de diferentes tendencias y viceversa. Todas estas formaciones compiten por un espacio de poder de la violencia, que se ha convertido en un oficio para muchos jóvenes en una tierra sin oportunidades. Se trata de una auténtica rivalidad contra el poder central a través de las rutas de la cocaína, el contrabando de armas, la industria de los secuestros y el tráfico de seres humanos con el que estos movimientos imperan y se enriquecen frente a un Estado débil que no es capaz de hacer frente a esta amenaza poliédrica de descomposición. Mali, en concreto, nunca ha tenido un ejército como tal, pues cuando consigue su independencia de Francia, el Estado sustituye a las fuerzas armadas por milicias que ejecutan todo tipo de masacres

contra grupos rebeldes, especialmente árabes y tuareg, pero también contra los peul. Así, los históricos conflictos étnicos siempre vuelven: negros contra árabes y tuareg y viceversa o todos sometidos por el poder colonial y contra él...

Aprovechando el vacío de poder, las milicias de cualquier índole llevan a cabo todo tipo de actividades ilegales para financiarse. Esto no es algo nuevo: desde hace siglos las rutas de la esclavitud y el estraperlo siguen los mismos surcos invisibles en la arena. Una de estas actividades, como ya hemos mencionado, es el tráfico de drogas. Aprovechando la llamada "Autopista 10" (el paralelo 10 que va desde Colombia hasta las costas de África), los narcos colombianos transportan los fardos de cocaína hasta Guinea Bissau, su base en el continente africano. Desde ahí los *señores de la guerra* del Sahel trasladan la mercancía entre las dunas hasta el norte, el Magreb, a cambio de una comisión (Meneses y Rojas, 2019). El transporte suele organizarse por parte de los cárteles colombianos por aire desde América, en lo que se conoce como *Air Cocaine*. Cárteles y narcoyihadistas pactan precios y comisiones, según ha documentado la Agencia Antidroga estadounidense (DEA).

*Desde hace siglos
las rutas de la
esclavitud y el
estraperlo siguen
los mismos
surcos invisibles
en la arena*

Existe un gran debate sobre cómo de importante es el tráfico de drogas (destacándolo de otros contrabandos) para financiar las actividades de los *muyahidin*. Hay trabajos muy bien documentados que identifican la yihad como un mero envoltorio de lo que en realidad son organizaciones criminales (Mesa, 2013). Algunos sectores sostienen que estas actividades son una parte sustancial de los recursos de los grupos salafistas y que contener ese mercado negro o cortar el acceso a él es clave para frenar el terrorismo. Otros expertos son reticentes a expandir las misiones contrterroristas en el Sahel hacia la disrupción de las rutas de contrabando de narcóticos, argumentando que sólo supone una quinta parte de los ingresos de estos grupos y que, por tanto, no es su modo principal de financiación. Por el contrario, afirman, cortar de raíz el comercio ilícito en general provocaría daños a las economías locales, en la medida en que las poblaciones y las élites dependen de los empleos y recursos que proporcionan estas actividades (ICG, 2020). Para luchar contra el tráfico ilícito se creó en 2012 la Misión de Capacitación en Níger por parte de la Unión Europea (EUCAP), con el fin de asesorar a las autoridades nigerinas y combatir el crimen organizado. Pero esta presión contra los comercios ilegales -personas, drogas, oro, etc.- tiene consecuencias colaterales: está tensando los sistemas informales y añadiendo más estrés a economías frágiles de países como Níger.

Evolución de los grupos armados y expansión del fenómeno yihadista

En el Sahel operan diversos grupos armados y organizaciones yihadistas que entrelazan sus vínculos en medio de los enfrentamientos entre las diferentes comunidades, tribus, etnias y gobiernos. En un territorio donde las fronteras se borran y se desplazan como las dunas del desierto, las alianzas y choques entre los diferentes actores armados no estatales también son fluidas, de forma que a la dificultad para identificar a los numerosos grupúsculos con presencia en la región se añade la de localizar su territorio de operaciones y entender sus objetivos. En un escenario en constante cambio es complicado hacer una foto fija de la situación política y securitaria. Pero en general se puede establecer que existen una serie de grupos yihadistas que tienen como meta imponer su propia versión de la ley islámica y expulsar a las fuerzas internacionales presentes en Mali, y en la región saheliana en general, mientras intentan capitalizar las tensiones locales y pescar en el río revuelto de los resentimientos históricos entre etnias y gobiernos postcoloniales en el que actúan varias milicias armadas. De ahí que se presenten a sí mismos como protectores de determinadas comunidades contra los ataques de otros grupos étnicos o gobiernos. Algunos de estos grupos armados representan intereses locales o comunales, mientras que otros se acercan a los cánones de los movimientos independentistas o autonomistas y promueven objetivos políticos regionales.

Saltan a la vista las alianzas que se hacen y se deshacen a través del tiempo y el espacio del Sahel. La reconfiguración de grupos armados en esta franja es relativamente reciente, ya que empieza a partir de 2012, tras la insurgencia en el norte de Mali, contenida por la operación Serval que lideró Francia para apoyar al Gobierno maliense, luego convertida en la operación Barkhane.¹ Así, cuando antes una sola franquicia aglutinaba todos los movimientos yihadistas, éstos deciden diseminarse en diferentes brazos armados que representan cada uno una identidad propia, una comunidad tribal determinada y se organizan desde el punto de vista fronterizo. Muy frecuentemente, las líneas entre formaciones salafistas y las que no lo son han quedado borradas (Lebovich, 2019) y existen indicios creíbles de que incluso cooperan entre sí. Un miliciano puede comenzar su vida en un grupo con objetivos políticos y acabarla en otro con motivaciones criminales o yihadistas, según las circunstancias o la geografía. Teniendo en cuenta la cambiante fotografía securitaria, en líneas generales la cartografía de los actores armados no estatales sería la siguiente:

¹ Entrevista de la autora con Beatriz Mesa, profesora de la Universidad Internacional de Rabat (UIR), africanista, periodista y autora del libro *La falsa yihad* (Ed. Dalya, 2013).

Muy frecuentemente, las líneas entre formaciones salafistas y las que no lo son han quedado borradas y existen indicios creíbles de que incluso cooperan entre sí

Entre los movimientos armados de ideología yihadista presentes en el Sahel destaca en estos momentos el llamado Estado Islámico del Gran Sáhara (ISGS, en sus siglas en inglés), liderado por Adnan Abu Walid El Saharai –apodado así por ser originario del Sáhara Occidental-. Esta milicia es una escisión de la *katiba* (brigada) Al Murabitun, que lideró el argelino Mujtar Belmujtar, conocido como *Mister Marlboro* por su actividad de contrabandista, que a su vez se desgajó de Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQIM) estableciendo el MUYAO, del que El Saharai fue comandante. El Saharai se separó de Belmujtar en 2015 para crear su propio grupo y adherirse al Estado Islámico (IS o Daesh, según sus siglas en inglés o árabe) coincidiendo con su pujanza en el contexto internacional. El propio IS tardó en aceptar a El Saharai y sólo reconoció su alianza en octubre de 2016. El ISGS tendría que esperar a la primavera de 2019 para empezar a recibir atención por parte del sistema de propaganda del IS. El grupúsculo empezó con unos 200 hombres operando primero en el oeste de Níger y Menaka (noreste de Mali), aunque también perpetró ataques en Burkina Faso, cerca de la frontera maliense, llegando incluso a golpear Niamey en octubre de 2016. El ISGS de El Saharai se enfrentó a su antiguo jefe Belmujtar y sus combatientes de El Murabitun en junio de 2015, pero posteriormente ambos han evitado los choques. ISGS mantiene vínculos eventuales con el Grupo de Apoyo al Islam y los Musulmanes (Jama'at Nusrat al Islam wa al Muslimin, JNIM), un paraguas de milicias alineadas con Al Qaeda. También se le atribuyen vínculos con Boko Haram, la mayor *industria* terrorista -afiliada al Estado Islámico- del África Occidental.

El JNIM anunció su nacimiento en marzo de 2017, en un vídeo en el que participaron los líderes de las *katibas* que lo componen: Ansar al Din, Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI), Al Murabitun y Katiba Macina. Esta coalición acabó con las rivalidades entre facciones de la vieja franquicia, dando lugar a la organización yihadista más poderosa del Sahel (Lounass, 2018). Liderado por el tuareg Iyad Ag Ghali, actúa en Mali, donde se ha atribuido ataques como el que mató a una decena de *cascos azules* en Aguelhoc, en enero de 2019, así como contra bases militares malienses en Diura y Guiré, llegando incluso a dirigir sus zarpazos contra Níger o Burkina Faso. El objetivo de JNIM es expulsar a las fuerzas internacionales que han intervenido en Mali, especialmente Francia y la ONU, e imponer la ley islámica (Lebovich, 2019). Los componentes de esta coalición de milicias actúan de forma separada, aunque tienen sentido de pertenencia a la cúpula del JNIM. Así, el líder de Katiba Macina, Amadu Kuffa, reconoce la centralidad del mando de Iyad Ag Ghali.

El veterano líder de la rebelión de 1990 en Mali, Iyad Ag Ghali, fundó Ansar al Din a finales de 2011, al calor de la guerra civil en la vecina Libia. El grupo aglutinó entonces a tuareg de la tribu ifoghas que habían

luchado con Ag Ghali y que se ganaron el apoyo de AQMI, la organización más antigua con presencia en la región. Durante la rebelión de 2012 tuvo un papel relevante, con grandes atentados como el que mató a 153 soldados malienses, en enero de ese año. El rápido avance de la rebelión por el norte le dio a Ansar al Din el dominio de Kidal y una fuerte presencia en Tombuctú, junto a AQMI, pero la operación Serval, liderada por las tropas francesas lo barrió de las ciudades norteñas. Pese a todo, mantiene presencia en las inmediaciones de la frontera con Argelia y en los alrededores de Kidal, donde lleva a cabo ataques contra objetivos militares malienses, franceses y de la ONU.

La franquicia de Al Qaeda en el Magreb, AQMI, se formó como una evolución del Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (GSPC), uno de los actores armados de la guerra civil argelina en la década de los 90 junto con el Grupo Islámico Armado (GIA). Terminado el conflicto, a finales de los 90, la experiencia de combate y la ideología islámica de la milicia encontró en Al Qaeda su paraguas para expandirse hacia el sur de Argelia y sus porosas fronteras, buscando una menor presencia del ejército al tiempo que un modo de vida para los combatientes de la guerra civil que no aceptaron o no pudieron acogerse a la amnistía ofrecida por los generales argelinos. En 2006, el GSPC juró lealtad a la Al Qaeda de Osama Bin Laden y adoptó oficialmente su marca en 2007. Mujtar Belmujtar, veterano de la guerra de Afganistán -donde perdió un ojo y se ganó el sobrenombre de *El tuerto*- y ex comandante del GIA, lideró AQMI en sus albores y forjó lazos comunitarios con diversas tribus árabes del Sáhara a través de un vasto territorio en lo que fue uno de los primeros ejemplos de yihadismo transnacional. También ha sido transfronteriza su actividad, obteniendo dinero de los tráfico ilícitos (contrabando de droga, armas, tabaco...) y los secuestros que destinaba a financiar sus operaciones terroristas. El escurridizo Belmujtar ha sido dado por muerto en numerosas ocasiones, siendo la última en 2016, cuando algunas fuentes sitúan su cadáver en un bombardeo occidental en Libia. AQMI nunca ha confirmado su desaparición, por lo que el fantasma de *El tuerto* sigue recorriendo el Sahel. Con fuerte implantación en el norte de Mali, AQMI ha sufrido duros golpes durante la operación Serval, pero siempre logra reconstituirse y continúa presentando un fuerte desafío a las tropas malienses, francesas y los *cascos azules*, con presencia en Tombuctú, Kidal y otras ciudades, además de la frontera argelina, su santuario.

AQMI sufrió una escisión en 2011 por la que se creó el Movimiento por la Unidad y la Yihad en África del Oeste (MUYAO), un golpe de poder de los comandantes sahelianos frente al *dominio* árabe que venía a reorientar sus objetivos hacia la histórica lucha yihadista regional que se retrotrae a la colonización francesa y que atraía así a reclutas de la región. Luego, en 2013, un comando de MUYAO se unió al

grupo de Belmujtar para formar Al Murabitun. El ataque más sangriento de los hombres de Belmujtar fue el llevado a cabo en enero de 2013 contra la instalación gasística de In Amenas (Argelia), en el que murieron al menos 39 rehenes extranjeros, un guarda argelino y 29 terroristas. En 2015, MUYAO se dividió de nuevo, con la creación del ya mencionado ISGS. El resto permaneció en Al Murabitun, que luego entraría a formar parte del JNIM.

Siguiendo en el JNIM, la Katibat Macina liderada por Amadu Kufa es también una de las milicias más activas de Mali. Kufa es un antiguo imam que predicaba en Mali en los primeros años del 2000, antes de radicalizarse posiblemente al conocer a Iyad Ag Ghali. Se unió pues a Ansar al Din en 2012 y centró sus ataques en la zona de Mopti. Hacia 2016, Katibat Macina empezó a expandir sus operaciones de terror hacia el delta del Níger y a edificar su pequeño imperio sobre las bases del descontento de las poblaciones peul, al abrigo de las tensiones locales y las injusticias. Más allá del centro de Mali sus ataques han llegado a las regiones del sur y el oeste.

*Mujtar Belmujtar
lídero AQMI en
sus albores y
forjó lazos
comunitarios con
diversas tribus
árabes del
Sahara en lo que
fue uno de los
primeros
ejemplos de
yihadismo
transnacional*

Otras *katibas* están presentes también en Mali, como la creada por el ex miembro de la Guardia Nacional maliense y tuareg Almansur Ag Alkasum (muerto en una operación militar francesa en 2018), y en Burkina Faso (el grupo Ansarul Islam y la Katibat Serma), manteniendo vínculos entre sí además de con la Katiba Macina y JNIM. Ansarul Islam, muy activa en Burkina Faso, es en concreto un ejemplo de cómo se reproducen y retroalimentan estos grupos armados. Su líder es un antiguo predicador, conocido como ‘Maalam’ [Profesor] Dicko, radicalizado por Kufa. Su *franquicia* opera escuelas, emplea a imames y hasta financia espectaculares bodas.

A la miríada de grupos terroristas de orientación radical islámica hay que añadir la sopa de letras de movimientos armados rebeldes de carácter político y no yihadista en Mali. Destaca la Coalición de Movimientos del Azawad (CMA), uno de los signatarios de los fallidos Acuerdos de Paz de Argel firmados en 2015. Se compone de tres elementos:

- El Movimiento Nacional para la Liberación del Azawad (MNLA), de identidad tuareg, creado en octubre de 2011 a partir de combatientes que lucharon en la guerra de Libia de ese año y desertores del ejército maliense, y corazón de la rebelión del norte de Mali contra el Estado central. Fue comandado por el histórico líder rebelde del Azawad Iyad Agh Ghali, quien luego se pasó a la yihad. Llegó a declarar la capital de su nuevo estado en Gao, en abril de 2012, pero fue expulsado en julio por MUYAO, en medio de acusaciones de abusos y crímenes contra civiles. Ante el avance de los grupos yihadistas en el norte de Mali, el MNLA se alió con las fuerzas de Serval y ha segui-

- do trabajando con las tropas francesas en la operación Barkhane, aunque debilitado por las luchas internas y los ataques de AQMI.
- El Consejo Superior para la Unidad del Azawad (HCUA, en sus siglas en francés), comandado por Alghabas Ag Intallah, líder tuareg ifoghas, se mueve por los territorios de Kidal, Tombuctú, Gao y Menaka. Ag Intallah fue primero un veterano de Ansar al Din que fundó el Movimiento Islámico del Azawad y luego el HCUA, que mantiene la orientación rigorista de la *sharia* y fuertes contactos con el grupo de Ag Ghali.
 - El Movimiento Árabe del Azawad (MAA) es una coalición de milicias árabes de la región de Tombuctú formadas durante la rebelión tuareg. Mantienen presencia armada, aunque no tan pujante como sus contrapartes.

Otra de las partes signatarias de los Acuerdos de Argel, junto al CMA, es la llamada Plataforma, que comprende varios movimientos pro Bamako. Se compone entre otros del Grupo de Autodefensa Tuareg Imghad y Aliados (GATIA), El Movimiento Árabe del Azawad-Plataforma y la Coordinadora de Movimientos y Frentes Patrióticos de Resistencia (CMFPR-1, que aglutina predominantemente a milicias peul). Este último grupo se ha escindido en otros dos (CMFPR-2, que se unió al CMA, y CMFPR-3, que lucha contra el 2), lo que da una idea de intrincado mapa de actores armados, identitarios e ideológicos que pueblan la geografía del conflicto maliense y de por qué es tan complicado solucionarlo.

Aparte de la Coalición y de la Plataforma bajo los Acuerdos de Argel también está el Movimiento para la Salvación del Azawad (MSA), a su vez escindido del MNLA y dividido luego en varias ramas rivales, en otro ejemplo de complejidad del puzle maliense. El MSA se ha movido de una ideología independentista a la cooperación con el Gobierno de Bamako y las fuerzas francesas, conduciendo “operaciones contraterroristas”, notablemente contra ISGS y JNIM.

Parte del proceso de paz es asimismo la Coordinadora de Movimientos de la Entente (CME), una coalición de grupos armados tuareg emanados del MNLA y la Plataforma. Participan en algunos epígrafes del Acuerdo de Paz y se acogen al programa de desarme, desmovilización y reintegración (DDR), aunque no en las reuniones de seguimiento internacionales.

En otro apartado está el grupo Dan Na Ambassagou, que opera en la franja central y oriental de la región de Mopti, en las áreas referidas como “país Dogon”. Las comunidades dogon son mayoritariamente no musulmanas. Se trata de una coalición de milicias de autodefensa de los cazadores dogon a las que se les atribuye masacres contra los peul (Lebovich, 2019). A su alrededor hay otros grupos armados locales pero no tan organizados militarmente como Dan Na Ambassagou.

El auge del yihadismo: odios interétnicos y crisis humanitaria

Desde 2015, la violencia a manos de los grupos militantes islamistas en el Sahel se dobla cada año, siendo la región africana en la que más aumenta el terrorismo de este rostro. Los ataques protagonizados por grupos como el ISGS o Katiba Macina se contabilizaron en más de 700 en 2019 (Le Roux, 2019) y las víctimas mortales sumaron las 4.000 en el mismo periodo, una cifra cinco veces mayor a la registrada en 2016, según datos de Naciones Unidas. Las operaciones de terror se concentran principalmente en el centro de Mali, el norte y este de Burkina Faso y el oeste de Níger. Y se dirigen, además de contra las fuerzas armadas regulares e internacionales, contra funcionarios del gobierno local, maestros, sanitarios o miembros de la comunidad vistos como colaboracionistas, con el objetivo de minar la autoridad estatal y disminuir su presencia. Cada vez más, estos grupos de *muyahidin* dirigen su violencia contra los civiles: tanto es así que han expulsado de sus hogares a casi un millón de personas. En el caso de Ansarul Islam, por ejemplo, un 55% de los ataques realizados en 2019 han tenido a civiles como objetivo. Intimidar a las comunidades, represaliarlas por colaborar con los gobiernos locales o perpetrar abusos son algunas de las violaciones contra los derechos humanos de las que entidades armadas no estatales son responsables.

Las operaciones de terror se concentran principalmente en el centro de Mali, el norte y este de Burkina Faso y el oeste de Níger

Las acciones terroristas explotan el odio interétnico para generar narrativas de reclutamiento que ponen el foco en agravios ancestrales y marginaciones históricas y actuales. Por ejemplo, es el caso de Katiba Macina y de Ansarul Islam, que han puesto en su diana a jóvenes peul (fulani, en su denominación anglófona) para reclutarles en base a un sentimiento de injusticia contra el Gobierno central y espolpear el odio contra bambaras y dogon. Otro ejemplo es el del IGSG, que usa las tensiones entre tuareg y fulani a través de la frontera Mali-Níger. Las rivalidades existen también por el control de los recursos: la tierra para cultivar o para los pastos del ganado. Unos recursos que son cada vez más escasos a consecuencia del cambio climático (Frías Sánchez, 2020) y el avance de la desertificación.

Por otro lado, otra llama que alienta los conflictos entre comunidades y contra las autoridades en su papel regulador es el descubrimiento de minas de oro en Níger a partir de 2014. El hallazgo ha desatado una *fiebre del oro* que ha atraído a buscadores locales, pero también de Chad y Sudán, así como migrantes para reunir dinero en su camino hacia Europa y con ellos el bandidaje contra mineros y convoyes. Más enfrentamientos en el fuego del Sahel.

El deterioro de la situación en el Sahel y la creciente violencia está empujando a la población civil a huir de sus hogares. Los ataques indiscriminados en toda la región por parte de los grupos armados analizados se suceden y se incrementan en proporciones alarmantes desde 2019. Las embestidas violentas tienen como objetivo no sólo fuerzas militares sino también civiles: centros de salud, escuelas e infraestructuras básicas. Las personas que han escapado han proporcionado testimonios de asesinatos, destrucción de hogares y escuelas, saqueos y violaciones a mujeres y menores. Los ataques agravan, una vez más, las tensiones sociales y étnicas preexistentes y causan pobreza y desarraigo. En total, se estima que el número de desplazados internos y refugiados por la violencia supera el millón de personas (Acnur, 2020). El peso de acoger a los que huyen del conflicto en Mali lo están sustentando en gran medida Burkina Faso, Níger y Mauritania. Sólo en Burkina Faso el número de refugiados se ha multiplicado por 10 en 2019. Pero hay campos de refugiados en los que malviven personas que huyeron del conflicto de 2012 en Mali. Al conflicto del Sahel se une el que sufre la vecina región del Lago Chad, donde se contabilizan 2,8 millones de desplazados por la creciente inseguridad. Se trata además de una región en la que existe otro problema endémico: la seguridad alimentaria es muy frágil.

En el contexto de la pandemia del Covid-19, el aumento de la población refugiada y su ubicación en centros de desplazados con una alta densidad y con servicios sanitarios precarios puede exponer a estas personas a un alto riesgo de contagio y a una vulnerabilidad mayor si no se aplican políticas que reduzcan la expansión del virus en estas zonas. Sin embargo, medidas de distanciamiento social o de identificación y aislamiento de las personas infectadas pueden ser muy difíciles de aplicar en un contexto como el que nos ocupa, donde además existe el peligro de ser estigmatizado.

Todo ello es una bomba de relojería muy útil para el yihadismo. Además, los movimientos se sirven del carisma de sus líderes, sus redes y alianzas (por ejemplo, con líderes tribales o con predicadores) para reclutar y atraer seguidores a sus filas. Utilizan también para difundir sus mensajes y ganar adeptos los medios tecnológicos propios del siglo XXI, como populares aplicaciones de redes sociales. Para combatir esto, paralelamente a los esfuerzos securitarios y militares propios de los estados del Sahel, se han puesto en marcha iniciativas para fomentar el diálogo intercomunitario y evitar que los jóvenes sean vulnerables al discurso radical. En Níger, la Alta Autoridad para la Consolidación de la Paz, y en Burkina Faso, el Centro de Seguimiento y Análisis Ciudadano de Políticas Públicas juegan su papel a la hora de cohesionar a las comunidades locales y poner en sus manos mecanismos de solución a las rivalidades intertribales y para reducir el resentimiento contra las autoridades.

La intervención internacional

El Sahel es una de las regiones del planeta con más presencia de tropas internacionales. Sin embargo, paradójicamente la coincidencia en el tiempo de varias misiones internacionales en la zona no ha impedido la proliferación de grupos armados ni el impacto de su violencia en la población civil. El principal actor foráneo es Francia, ex potencia colonial de algunos de los países de la región. Las tropas francesas intervinieron en Mali en 2013 para repeler a los insurgentes tuareg del norte, en la llamada operación Serval. Al término de esta misión, la intervención gala se reconvirtió y amplió a otros países del Sahel² en 2014 con la operación Barkhane, en la que actualmente hay desplegados unos 5.100 efectivos. Estonia (con uniformados), Reino Unido (con helicópteros) y Dinamarca (con ambos) dan apoyo a Barkhane.

Estados Unidos también mantiene tropas en la zona, una presencia militar que se remonta a los primeros años de la década de los 2000. El mayor destacamento, con 800 soldados estacionados, se encuentra en Níger donde hay establecidas tres bases militares. Las fuerzas estadounidenses proveen de inteligencia, vigilancia y actividades de reconocimiento a sus contrapartes, además de facilitar el repostaje en el aire. También entrenan a las fuerzas nigerinas. En la capital, Niamey, la Base Aérea 101 opera con drones armados, y en la estratégica ciudad de Agadez ha establecido la Base Aérea 201, que está completamente operativa desde noviembre de 2019. Estados Unidos tiene un total de 6.000 botas en tierra africana, de las que 1.200 (incluyendo a personal militar, civil y contratistas) se encuentran en África Occidental para combatir el extremismo de formaciones como AQMI o Boko Haram.

Además, está la Misión de Naciones Unidas para la Estabilización de Mali (MINUSMA), con 15.500 *casco azul* y personal civil. Paralelamente, Francia ha potenciado el llamado G5 (una iniciativa securitaria en la que se integran Mauritania, Chad, Níger, Burkina Faso y Mali) y que cuenta con una Fuerza Conjunta (FCG5S) de unos 4.500 efectivos. Y está la misión de la Unión Europea EUTM Mali, para adiestrar a las fuerzas y cuerpos de seguridad malienses, en la que participan 600 militares –280 españoles, el segundo contingente más numeroso de la misión, después del galó– y que ha entrenado desde 2013 a más de 15.500 soldados locales.

Este esfuerzo militar conjunto no ha conseguido que el Sahel deje de ser un territorio ingobernable en el que campan los grupos armados criminales y yihadistas. Un asunto que provoca amargura en los despachos internacionales, particularmente en Francia, que parece abo-

² Además de en Mali, Barkhane se despliega en Chad, Níger, Mauritania y Burkina Faso.

La coincidencia en el tiempo de varias misiones internacionales en la zona no ha impedido la proliferación de grupos armados

cada a quedar atrapada en estas tierras (Fox, 2020). Lo ha admitido el propio jefe del Estado Mayor de las fuerzas armadas francesas, el general François Lecointre (Reuters, 2019), al señalar que pese a que su país está haciendo una “labor útil” en el combate contra grupos terroristas,³ nunca se logrará “una victoria definitiva” en el Sahel. Sus palabras llegaron en un momento -finales de noviembre de 2019- en que se elevaban las voces en Francia para reclamar la retirada de las fuerzas de la operación Barkhane, tras la peor pérdida para las tropas galas en 36 años, cuando el 25 de noviembre dos helicópteros militares franceses se vieron envueltos en una operación militar en Mali, en la que murieron 13 militares. Aunque las instituciones de la Unión Europea mostraron su solidaridad con el Elíseo y reconocieron su esfuerzo por la defensa de la que Europa considera su “frontera avanzada”, lo ocurrido evidenció la soledad de París ante lo que considera una contribución “simbólica” de países como Alemania o España. Y, con el Reino Unido fuera de la UE y Alemania con otras preocupaciones en materia de Política Exterior, se desdibujan las perspectivas para que una fuerza paneuropea (la Task Force Takuba) bajo mando francés se una a Barkhane, como es la aspiración de Francia.

La catástrofe militar de noviembre empujó al presidente galo, Emmanuel Macron, a emprender una ofensiva diplomática para capitalizar apoyos estratégicos a su intervención, que es a su vez, una de sus mayores esferas de influencia en África. Macron no tardó en enviar un mensaje a la OTAN para cambiar el foco del enemigo y reactivar esfuerzos en el flanco sur de Europa: para el Elíseo el peligro inminente no es China ni Rusia, sino el terrorismo y la proliferación de grupos armados en el Sahel. También trata de que Estados Unidos reconsidere su intención de reducir su presencia militar en África y, en particular, en el Sahel con el fin de reorientar sus recursos militares hacia el Pacífico. El cambiante panorama geopolítico tras la aparición de la pandemia mundial del coronavirus ha puesto en vilo la ambición francesa de incrementar el despliegue militar internacional en el Sahel.

En este contexto, la seguridad de la región sigue siendo importante para Francia pero también cobra una dimensión más abultada el aspecto económico. Y es que, aunque Francia afirma que su presencia en el área es en nombre de la “seguridad colectiva”, no se pueden negar los enormes intereses políticos y económicos que esta intervención le ayuda a preservar para sí. La empresa estatal Orano (emanada de la reestructuración de Areva en 2018) depende en gran medida del uranio obtenido de las minas de Níger y Total mantiene yacimientos petrolíferos en Mali, por citar dos ejemplos.

³ Desde que fue lanzada la operación Barkhane, en 2014, más de 600 militantes yihadistas han sido eliminados, según datos oficiales.

La dimensión securitaria y de contención de la migración que el Sahel tiene para Europa es igualmente válida para España en la que considera su “frontera sur”

Todo ello hace que la población local vea la intervención francesa como un nuevo proceso colonial. Las tropas de la metrópoli ocuparon la vasta región en el siglo XIX y desde entonces han protagonizado sendas idas y venidas, hasta que Serval volvió a ponerle en bandeja a Francia una presencia militar continuada. El creciente rechazo a los militares franceses, que se agudizó tras la debacle de noviembre de 2019, expresado incluso con protestas en las calles de capitales como Bamako llevó a Macron a forzar la convocatoria de una cumbre en la localidad de Pau a principios de enero de 2020 para aglutinar el apoyo expreso de los países sahelianos. Los presidentes de Níger, Mali, Mauritania, Chad y Burkina Faso publicaron un comunicado conjunto en el que cerraban filas con el despliegue francés.

La dimensión securitaria y de contención de la migración que el Sahel tiene para Europa es igualmente válida para España en la que considera su “frontera sur”. Corregir la inseguridad y luchar contra los grupos terroristas en este territorio es para España una forma de evitar que el yihadismo se expanda hacia el Magreb y, en particular, Marruecos (Expósito, 2020) y el sur de Argelia. La preocupación estratégica de nuestro país se concreta también en combatir el crimen organizado que se lucra con el tráfico de personas y drogas principalmente.

En el contexto actual de inestabilidad y de reactivación de la actividad terrorista de los grupos armados en el Sahel, el Gobierno español emitió a finales de 2019 una alerta de seguridad ante el temor de un atentado inminente contra ciudadanos españoles en la región, en un momento en que se producía una concentración de viajes humanitarios a los campamentos saharauis situados en Tinduf (sur de Argelia), que pedía a los nacionales abandonar la zona y abstenerse de viajar hacia ella. Las autoridades españolas advirtieron entonces de que la desestabilización de Mali era el origen del peligro. No es descabellado pensar que uno de los grupos más activos, el ISGS de El Saharaui (un ex miembro del Frente Polisario), está ávido de ganar de nuevo prominencia con un gran golpe o atentado terrorista en la región. Sin embargo, hay que tener en cuenta que los grupos terroristas del Sahel tienen una capacidad de actuación transversal,⁴ con lo cual la amenaza se puede producir de hecho en cualquier punto de este vasto desierto.

⁴ Entrevista de la autora con la profesora Beatriz Mesa.

Yihad y COVID-19

La pandemia del coronavirus pone sobre la mesa un nuevo elemento dentro de la crisis multiforme del Sahel. No está claro todavía cómo influirán la problemática y las secuelas sanitarias, sociopolíticas y económicas que dejará el virus tanto directamente en este foco de conflicto como en la respuesta internacional hacia él. Lo que es seguro es que quedará impregnado del contexto cambiante en el que estamos inmersos globalmente. A corto plazo es previsible que las agencias de Inteligencia, los Estados y las organizaciones multinacionales redirijan sus fondos y sus recursos militares, civiles y humanitarios.

Del lado de los grupos armados aún es pronto también para analizar cómo y en qué medida les impactará el coronavirus. En marzo de 2020, las organizaciones yihadistas matrices prestaron gran atención a la pandemia, elaboraron recomendaciones para sus seguidores –emulando a las que han hecho los propios Estados– con el objetivo de frenar los contagios e incluso ofrecieron una interpretación doctrinal para explicar por qué se había producido la emergencia sanitaria, según la cosmovisión salafista (García-Calvo, 2020). En la teoría difundida por Al Qaeda y el Estado Islámico, la enfermedad es un castigo divino a los enemigos del islam y la mejor forma de protegerse contra ella es cumplir con la *guerra santa* (yihad). En las recomendaciones difundidas por los medios propagandísticos yihadistas se enarbolan pautas para evitar la infección, como extremar la higiene personal, que revelan el gran pragmatismo de estas organizaciones. Detrás de ello está en realidad el objetivo de proteger a sus huestes en un momento en que organizaciones como Estado Islámico están muy debilitadas tras perder su territorio en Siria e Irak así como una gran parte de sus combatientes. En otro alarde estratégico, la instrucción para limitar los desplazamientos a las zonas más devastadas por el virus (Occidente en general y Europa en particular) tiene también un carácter securitario.

En el momento en que se escriben estas líneas, África es el continente menos afectado por el coronavirus -aunque la enfermedad experimenta un rápido avance geográfico- con una ratio de mortalidad del 1,8% (WHO, 2020). Esta condición puede hacer que el Sahel se convierta de nuevo -como ya lo fue a finales de los 90 tras la guerra civil en Argelia- en santuario de *muyahidin* expulsados del califato. En ese trasvase podría influir el hecho de que combatientes islamistas procedentes de Siria están llegando a Libia de la mano de Turquía, que los usa como *proxy* en el país norteafricano, en el contexto de su creciente rivalidad con Rusia. Y desde Libia es fácil filtrarse hacia el Sahel. Senegal y Togo ya han advertido de que miles de guerrilleros están llegando a África Occidental huyendo de las cenizas del califato del Daesh en Siria e Irak. Y no es coincidencia que el rápido incremento

de la actividad terrorista yihadista en África se solape con la derrota del IS en Oriente Próximo.

Conclusión

La alta densidad de tropas sobre el terreno desde 2012-2013 no ha garantizado la seguridad en el Sahel. Lejos de ello, a partir de 2015 se ha redoblado la violencia y se ha extendido de Mali a los Estados limítrofes en la zona de la llamada *triple frontera*. Todo hace prever que los movimientos armados no van a ser derrotados en un escenario a corto plazo. Mientras, las operaciones militares y la insurgencia han encendido las brasas de la violencia intercomunal, creando más conflicto, destrucción y desplazamientos forzados de población. La vía militar, *per se*, es insuficiente como herramienta para contrarrestar el terrorismo, la violencia, el apoyo de la población a algunos grupos o la pobreza e insuficiente para mejorar la vida de los habitantes del Sahel. Por todo ello, la negociación política es indispensable para solucionar el conflicto en Mali -y enderezar sus enredadas raíces históricas- y en consecuencia estabilizar el cinturón africano. En todo ello es una necesidad estratégica incluir a la sociedad civil y a las mujeres en especial para dotar al proceso de paz de mecanismos de consolidación (Pujol, 2020). Es apremiante atajar la emergencia humanitaria destinando recursos financieros a las organizaciones internacionales y los gobiernos que acogen a los más de un millón de refugiados. Dotar de recursos a los Gobiernos para mantener y reparar sus sistemas educativos y sanitarios, paliar la sequía, reflotar la agricultura y la ganadería locales, asegurando que sus economías y medios de vida no siguen destruyéndose es primordial (Meneses, 2020). También son necesarias políticas de desarrollo que pongan el foco en las personas, aumenten sus oportunidades laborales, mejoren las instituciones estatales y provean de servicios a la población. En definitiva, repensar la estrategia internacional hacia el Sahel.

La vía militar, per se, es insuficiente como herramienta para contrarrestar el terrorismo, la violencia o la pobreza

Referencias bibliográficas

ACNUR (2020): "ACNUR refuerza su respuesta en el Sahel ante la escalada de la violencia y desplazamiento". Comunicado de prensa. Ginebra, 5 de febrero.

Expósito Guisado, Josué (2020): "Mali, epicentro del terrorismo yihadista en el Sahel", *Documento de Opinión* 13/2020, 24 de febrero. Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE). Disponible en: http://www.ieee.es/contenido/noticias/2020/02/DIEEEO13_2020JOSEXP_Mali.html

Fox, Benjamin (2020): "French forces face military trap in Sahel region", *Euractiv*. 15 de enero. Disponible en: <https://www.euractiv.com/section/defence-and-security/news/french-forces-face-military-trap-in-sahel-region/>

Frías Sánchez, Carlos Javier (2020): "Cambio climático e inestabilidad en el Sahel". *Documento de Investigación* 3/2020, 28 de febrero. Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE). Disponible en: http://www.ieee.es/contenido/noticias/2020/02/DIEEEINV03_2020CARFIR_CambioClimatico.html

García-Calvo, Carola (2020): "Crisis del coronavirus: la pandemia según los yihadistas". Real Instituto Elcano. 20 de marzo. Disponible en: <https://blog.realinstitutoelcano.org/crisis-del-coronavirus-la-pandemia-segun-los-yihadistas/>

International Crisis Group, ICG (2019): "Speaking with the 'Bad Guys': toward Dialogue with Central Mali's Jihadists". Report 276 / Africa. 28 de mayo. Disponible en: <https://www.crisisgroup.org/africa/sahel/mali/276-speaking-bad-guys-toward-dialogue-central-malis-jihadists>

International Crisis Group, ICG (2020): "Managing Trafficking in Northern Niger". Report 285 / Africa. 6 de enero. Disponible en: <https://www.crisisgroup.org/africa/sahel/niger/285-managing-trafficking-northern-niger>

Le Roux, Pauline (2019): "Responding to the Rise in Violent Extremism in the Sahel". Africa Security Brief nº 36. December 2. Africa Center for Strategic Studies. Disponible en: <https://africacenter.org/publication/responding-rise-violent-extremism-sahel/>

Lebovich, Andrew (2019): "Mapping armed groups in Mali and the Sahel". European Council on Foreign Relations (ECFR). Mayo. Disponible en: https://www.ecfr.eu/mena/sahel_mapping#introduction

Lounnass, Djallil (2018): "Jihadist Groups in North Africa and the Sahel. Between Disintegration, Reconfiguration and Resilience". *Menara*. Working Paper 16. Cidob. Disponible en: https://www.cidob.org/es/publicaciones/serie_de_publicacion/menara_papers/working_papers/jihadist_groups_in_north_africa_and_the_sahel_between_disintegration_reconfiguration_and_resilience

Meneses, R. y Rojas, A. (2019): "El Sahel, la frontera ingobernable que preocupa a Europa", *El Mundo*, 1 de diciembre.

Meneses, R. (2020): "Filippo Grandi: 'El Sahel no sólo necesita soldados'". *El Mundo*, 9 de marzo.

Mesa, Beatriz (2013): *La falsa yihad. El negocio del narcotráfico en el Sahel*. Editorial Dalya

Pujol Chica, Irene (2020): "El papel estratégico de las mujeres en el proceso de consolidación de la paz en Mali". Documento de Opinión 17/2020, 6 de marzo. Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE). Disponible en: http://www.ieee.es/contenido/noticias/2020/03/DIEEEO17_2020IREPUJ_Mali.html

Reuters (2019): "La France doit persévérer au Sahel, dit le général Lecointre". 27 de noviembre. Cable de agencia.

World Health Organization, WHO (2020): "Covid-19. Situation update for the WHO African Region". External Situation Report 4, 25 March. Disponible en: https://apps.who.int/iris/bitstream/handle/10665/331587/SITREP_COVID-19_WHOAFRO_20200325-eng.pdf?sequence=5&isAllowed=y

